

EL PERIODISMO ANTE EL GIRO LINGÜÍSTICO: EL CUESTIONAMIENTO DE LAS CERTEZAS

Julieta Retamoso

Universidad Nacional de Rosario (Argentina)

Resumen

El giro lingüístico representó una ruptura, en términos epistemológicos, dentro del campo de la filosofía. Su irrupción introdujo profundos cambios no solo en dicha disciplina, sino en todo el campo de las ciencias sociales. En el presente trabajo nos proponemos recuperar los aportes de Guillermo de Humboldt y Friedrich Nietzsche, entendiendo que su pensamiento es ineludible para comprender, al menos en sus pilares fundamentales, este punto de inflexión en el pensamiento contemporáneo y en la filosofía del lenguaje. Lo que buscamos es aproximarnos a la concepción acerca del lenguaje que este giro propuso, trastocando gran parte de los fundamentos vigentes hasta entonces. Y, en última instancia, reflexionar sobre las implicancias que esta ruptura epistemológica ha tenido en el campo de la teoría sobre el periodismo.

Palabras clave: periodismo, giro lingüístico, novela realista, retórica.

El periodismo ante el giro lingüístico: el cuestionamiento de las certezas

Introducción

El giro lingüístico representó una ruptura, en términos epistemológicos, dentro del campo de la filosofía. Su irrupción introdujo profundos cambios no solo en dicha disciplina, sino en todo el campo de las ciencias sociales. En el presente trabajo nos proponemos recuperar los aportes de Guillermo de Humboldt y Friedrich Nietzsche, entendiendo que su pensamiento es ineludible para comprender, al menos en sus pilares fundamentales, este punto de inflexión en el pensamiento contemporáneo y en la filosofía del lenguaje. Lo que buscamos es aproximarnos a la concepción acerca del lenguaje que este giro propuso, trastocando gran parte de los fundamentos vigentes hasta entonces. Y, en última instancia, reflexionar sobre las implicancias que esta ruptura epistemológica ha tenido en el campo de la teoría sobre el periodismo.

El giro lingüístico representa un cambio radical en las relaciones entre el hombre y las cosas, como así también en su concepción acerca del lenguaje. Si hasta entonces se creía que tenía la capacidad de transmitir verdades, a partir de ahora la relación entre este y las cosas se tornará opaca. Tal como plantean los principales referentes del giro lingüístico, el lenguaje ya no puede ser pensado como una herramienta de la que el hombre se vale para representarse el mundo, sino que nuestra forma de pensar es configurada por el lenguaje y en él, y por lo tanto nuestra relación con la realidad no puede pensarse por fuera de los límites que este nos impone.

Si bien pueden establecerse diferencias y matices en los planteos de los autores que se ubican dentro de

este giro, estos rasgos son los que definen las características principales del llamado giro lingüístico. Principalmente, estos autores vienen a cuestionar las ideas tradicionales acerca de lo que es el lenguaje y la relación entre el lenguaje, las cosas y el mundo. Tradicionalmente se consideraba al lenguaje como símbolo de las cosas. Esto significa que las cosas existían por sí mismas, independientemente de las palabras que pudieran nombrarlas, y que el lenguaje no era más que un reflejo de la realidad, de las cosas y el mundo. Desde este punto de vista la verdad se produce cuando las palabras representan a las cosas *tal como son*. El sujeto de conocimiento era un sujeto racional que se borraba en el acto cognitivo pues la verdad debía ser puramente objetiva. Esto ocurría porque, para los racionalistas, el sujeto no estaba determinado por el lenguaje sino por la razón.

El giro lingüístico propone que es el lenguaje el que les da entidad a las cosas, ya que si las palabras no las designan no cobran existencia. La verdad es entonces un efecto del lenguaje, un efecto del discurso. El sujeto se constituye también en el lenguaje y no es simplemente un sujeto racional, sino un sujeto hablante, que se expresa retóricamente.

Tal como explican Lluís Duch y Albert Chillón (2012: 106), los distintos representantes de este giro coinciden en una impugnación de lo que llaman una “metafísica espontánea” y refutan sus tres principios fundamentales. “El primero sostiene que el *mundus* no solamente consta de acaeceres y cosas pre-dadas, sino de hechos y objetos contruidos; el segundo, que el pensamiento no dispone de acceso inmediato a él, sino mediato y mediado; y el tercero, que el habla –sin dudas la más determinante mediación– no los captura ni reproduce, sino que los expresa y representa en forma de mediaciones”.

La incidencia que este cambio de paradigma tiene en una disciplina como el periodismo no es en absoluto menor. Tradicionalmente, se concibió a estos profesionales como especialistas en la tarea de transmitir sucesos o fenómenos de relevancia para la vida social. Su rol consistía en ser un canal entre la realidad y los públicos, bajo la premisa de dejar a un lado sus opiniones o valoraciones personales, como si fuera posible practicar una escisión entre una dimensión subjetiva y otra objetiva del periodista. Aunque en rara ocasión se ponga de manifiesto de manera explícita, la concepción acerca del lenguaje que estas disciplinas manejan condiciona, consecuentemente, la propia actividad profesional.

Características principales del giro lingüístico

A continuación destacaremos los aportes realizados por dos de los principales representantes de este cambio de paradigma como son Guillermo de Humboldt y Friedrich Nietzsche, intentaremos rescatar de cada uno de ellos las cuestiones de mayor interés para los objetivos del presente trabajo. Si bien ambos desarrollaron sus reflexiones partiendo de supuestos teóricos diferentes, comparten una serie de postulados acerca del lenguaje y su función que permite establecer puntos de contacto en torno a la problemática que nos interesa.

Algunos autores afirman que Guillermo de Humboldt es el primero en discutir la idea de que el lenguaje

sería un instrumento que permitiría transmitir ideas previamente formuladas en nuestra mente, para afirmar que en realidad lenguaje y pensamiento son una misma cosa (cfr. Chillón, 1998: 69).

En este sentido, la concepción que propone Humboldt es central para comprender el lugar que este cambio de paradigma otorga al lenguaje. Principalmente, Humboldt afirma que el pensamiento funciona como lenguaje, mediante el lenguaje; no es una herramienta de la que se pueda valer el hombre, sino que es en este donde se forma el pensamiento. No existe un mundo de las cosas a las que el hombre viene a nombrar, sino que aquello que llamamos realidad se configura en el lenguaje mismo. Así, el lenguaje no parte de los objetos ya percibidos porque en realidad sin este no habría ante la mente objetos como tales.

En relación con este planteamiento, una de las principales cualidades que Humboldt otorga al lenguaje es su naturaleza sintética, mediadora entre lo objetivo y lo subjetivo. Según José María Valverde (1995: 35) Humboldt se ubica en un punto medio entre lo que denomina un "idealismo creativo" y un "realismo para el que los objetos están ahí sin más, plenamente constatables ante la mirada intelectual". El lenguaje se presenta como una mediación simbólica, "en que el símbolo no es mero sustitutivo y convencional, sin conjunción intermedia".

Esta sea probablemente una de las reflexiones más destacables de Humboldt; la cualidad que tiene el lenguaje de mediar entre sujeto y objeto.

Humboldt se deshace de la dicotomía sujeto-objeto al concebir uno y otro como dos momentos dialécticamente implicados. Formado "dentro" del sujeto por virtud del habla, el pensamiento se vierte "fuera" en ella, a tal punto que lo que existía como callada subjetividad se torna proferida –y audible– objetividad para los otros; y a la vez, mutatis mutandis, cada quien se oye y oye a los demás proferir sus respectivos sonidos, los cuales componen una especie de "común objetividad" que las diversas interpretaciones tornan subjetiva de nuevo (Duch y Chillón, 2002: 116).

Del mismo modo, en la obra de Nietzsche encontramos numerosos elementos para reflexionar sobre el lenguaje. En gran parte de su obra, este aparece íntimamente ligado a otro concepto controversial para la filosofía del siglo XX, que es el de verdad. En *Sobre verdad y mentira en un sentido extramoral* y en *Escritos sobre retórica* se pueden observar estos vínculos que, bajo la mirada de Nietzsche, están en permanente tensión.

Si aquellos autores previos al giro lingüístico afirmaban que el lenguaje tenía la capacidad de reflejar la realidad, de rotularla, Nietzsche afirma lo contrario; es el lenguaje el que define las cosas, como así también aquello que es verdad y aquello que es mentira. La verdad es, entonces, una invención humana, un efecto del lenguaje.

En este sentido, se observa en Nietzsche una crítica al pensamiento racional moderno, según el cual el

hombre quedaba al margen del acto cognoscitivo, pues la verdad debía ser absolutamente objetiva, tal como propone el pensamiento positivista. Para Nietzsche (2000b: 22), en cambio, no existen las “cosas en sí”, por lo tanto no hay una verdad objetiva a la cual nombrar. “La ‘cosa en sí’ (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje. Este se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas apela a las metáforas más audaces”.

El lenguaje tiene entonces un fundamento casi físico, basado en la recepción de estímulos nerviosos. Mediante el lenguaje, no expresamos ninguna realidad, lo que expresamos es la relación que experimentamos con ella. Según Nietzsche, por lo tanto, las palabras son el resultado de este proceso; lo que denomina “la reproducción en sonidos de un impulso nervioso” (Nietzsche, 2000b: 21).

Esta concepción de la palabra presenta enormes diferencias con la concepción Occidental moderna. La palabra, lejos de ser resultado de un proceso racional mediante el cual el hombre designaría un nombre a las cosas, es producto de un impulso nervioso que a su vez es extrapolado en imagen y que luego es transformado de nuevo en sonido, es decir, en palabra. El concepto entonces se forma a partir de la repetición de experiencias singulares. El hombre no capta cosas, sino “impulsos”. El lenguaje transfiere una excitación o impulso resultado de nuestra relación con la cosa. “Todo concepto se forma por equiparación de casos no iguales. La repetición a lo largo de la historia da la sensación de que hay una relación de causalidad entre este impulso y la imagen producida. Se forman los conceptos a partir de una representación que engloba esas similitudes, nunca idénticas, una especie de arquetipo que sirve para que todos nos entendamos” (Nietzsche, 2000b: 23).

Por otro lado, Nietzsche afirma que el lenguaje funciona mediante metáforas. Esta recuperación de la metáfora, elemento central en el pensamiento de Nietzsche, lo lleva hasta los orígenes de la Antigua Retórica, para reformular sus postulados a la luz de esta nueva concepción acerca del lenguaje. Nietzsche discute con los postulados aristotélicos, según los cuales la metáfora se da sobre un mundo de lenguaje preconstituido, siendo un efecto del lenguaje. Para Nietzsche, en cambio, es la metáfora la que constituye ese mundo. La metáfora, por lo tanto, es prelingüística, y el lenguaje es un efecto de la metáfora. Tal como afirma Luis Enrique de Santiago Guervós (2000a: 39),

Las definiciones de Nietzsche sobre la metáfora van más allá de la definición aristotélica, tanto en su componente genealógico como en su nivel de originariedad. Y no podía ser de otra manera, ya que el propio Nietzsche se mueve en una esfera de radicalidad que Aristóteles ignora. Este presupone ya un lenguaje constituido y, por lo tanto, la metáfora es un efecto del lenguaje; además, para Aristóteles esa transposición metafórica se lleva a cabo bajo la mirada de la mirada que habla en razón o en contra de cualquier tipo de analogía o semejanza. Mientras que para Nietzsche la metáfora pertenece a un ámbito pre-lingüístico. La transposición

hay que entenderla, entonces, no desde una perspectiva conceptual sino vital, como operación dionisiaca.

Esta recuperación de la retórica tiene como contrapartida una embestida a la concepción del lenguaje propia de la modernidad. Esta se sostenía sobre la idea de que el lenguaje debía tener la función de nombrar las cosas, entendiendo que aquellas formaban parte de una realidad preexistente. Es propia de este período la aparición del lenguaje científico, lenguaje que pretende imponer denominaciones definitivas, conclusas. Frente a esta concepción, Nietzsche defiende una mirada sobre el lenguaje entendido como creación permanente. "La palabra, pues, no es ni atrapa la cosa, tal como suponen el sentido común y la metafísica espontánea, sino que es genuina 'metáfora': tropismo semiótico que transustancia las cosas en objetos, los acaeceres en hechos y, al cabo, las sensaciones, intuiciones y percepciones en ideas" (Duch y Chillón, 2002: 123).

El lenguaje, por lo tanto, no nos dice ninguna verdad sobre las cosas, no nos permite acceder a una supuesta esencia de ellas.

El modelo representacional del lenguaje es desplazado por un modelo retórico del mismo, y las cuestiones filosóficas se convierten en cuestiones retóricas. Todo queda reducido a la figuración, con lo cual se postula sin rodeos la soberanía de la retórica sobre la lógica, que quedará justificada mediante una concepción del lenguaje que subordina el concepto a la metáfora. (...) La retórica se eleva a la categoría de paradigma explicativo de valor universal y adquiere un carácter apodíctico y programático con un alcance difícil de comprender. Todo es retórica, porque todo es lenguaje. Es decir, toda expresión lingüística es susceptible de ser reducida en sus elementos esenciales a su estructura retórica inherente (Nietzsche, 2000a: 22).

Creemos que las ideas de Humboldt y Nietzsche representan indudablemente un punto de inflexión en la filosofía del lenguaje y que la consolidación del giro lingüístico tiene a estos autores como pilares fundamentales.

A continuación, nos proponemos desarrollar tres ejes que consideramos compartidos y que son los que sintetizan los principales ejes de este quiebre epistemológico. Estos son:

- 1- Indisociabilidad de lenguaje y pensamiento.
- 2- Naturaleza retórica del lenguaje.
- 3- Cuestionamiento al concepto de verdad.

1- La primera de estas cuestiones, la indisociabilidad de lenguaje y pensamiento, rompe con toda una tradición filosófica que entendía que el lenguaje era una simple herramienta que permitiría al hombre

“etiquetar” las cosas. Desde este punto de vista, existiría una realidad dada y definida, sobre la cual el hombre nombraría las diferentes cosas que la conforman. Lo que proponen los autores del giro lingüístico es que las cosas no existen hasta que no son nombradas. Esto no quiere decir que no exista nada por fuera de los sujetos, sino que solo existe aquello que nombramos, que empalabramos. En palabras de Duch y Chillón (2012: 107) “las palabras no son ni reproducen las cosas, sino que las *re-presentan*; pensar y hablar son en esencia lo mismo, o están muy imbricados; y el lenguaje no es –apenas– un auxiliar para la comunicación, sino la mediación determinante en cuyo seno conocemos, y de la que depende la misma erección de las realidades en que vivimos”.

Esto ya lo afirmaba Humboldt; el lenguaje no pone en palabras ideas que estarían ya concebidas, sino que “estas solo se forman a medida y en la medida en que son verbalizadas, esto es, articuladas por el empalabramiento” (Duch y Chillón, 2012: 109). En este sentido, toda la serie de autores que se ubican dentro de esta tradición han coincidido, aunque sea con matices, en que el pensamiento solo puede darse en el lenguaje. Lenguaje y pensamiento son, por lo tanto, indisolubles. Esto no significa que sean una misma cosa, sino que están coimplicados en un mismo movimiento dialéctico.

En este sentido, la dicotomía sujeto/objeto adquiere un nuevo matiz. Ya no puede hablarse de una realidad externa, y por lo tanto objetiva, y de unos sujetos que la reproducirían tal como es; más bien existen tantas realidades como sujetos individuales, tantas realidades como experiencias individuales. “La comunicación es, vista así, el acto de poner en común las experiencias particulares mediante enunciados, con el fin de establecer acuerdos intersubjetivos sobre 'el mundo de todos', el conjunto de mapas que conforman la cartografía que por convención cultural llamamos 'realidad'” (Chillón, 1999: 29).

2- En relación con el punto anterior, la segunda gran ruptura introducida por el giro lingüístico es la vinculada al concepto de verdad. Si la filosofía tradicional entendía que la verdad era alcanzada cuando se lograba expresar las cosas tal como son, el giro lingüístico impone un cambio radical en este sentido. La verdad es un efecto del lenguaje, del discurso, y no existe por fuera de este. La verdad así es construida social, cultural e históricamente. “La verdad no es revelada por ningún dios ni se desprende de la naturaleza; tampoco nace de ninguna adecuación entre el intelecto y las cosas, sino de la necesidad y de la conveniencia” (Chillón y Duch, 2012: 125).

Del mismo modo, se pone bajo cuestionamiento el concepto de realidad. Esta es inaprehensible y en todo caso lo único que podemos expresar es la relación que mantenemos con ella. Las palabras no son, por lo tanto, un reflejo de las cosas, sino que las cosas son definidas por las palabras.

La verdad es inventada y postulada por los distintos poderes sociales –sentido común incluido–, que imperativamente la necesitan a fin de establecer la “cartografía de sentido” que asegura la producción y la reproducción del mundus, esto es, para sancionar qué y cómo es la Realidad,

amén de las vías rectas y adecuadas para alcanzarla. Es la voluntad de poder e ilusión la que, gracias a la determinante mediación del lenguaje, crea el doble régimen de la "verdad" y la "mentira", extrayendo esta última por elemental contraste con la primera (Chillón y Duch, 2012: 127).

Verdad y realidad ya no son conceptos sagrados ni representan entidades dadas o externas a los sujetos. Por el contrario, son el resultado de acuerdos intersubjetivos. Esto se traduce en el aumento del poder de la palabra para imponer ciertas verdades sobre otras, en una disputa por el sentido que en el campo del periodismo adquirirá una gran magnitud.

3- Nietzsche propone que todo lenguaje es en sí mismo retórico. Desde este punto de vista, no existiría ningún grado cero del lenguaje, neutro y aséptico. Todo lenguaje es el resultado de operaciones retóricas. Tal como explica Chillón (1998: 71), "además de inseparable del pensamiento, el lenguaje posee una naturaleza esencialmente retórica", y por lo tanto "todas y cada una de las palabras, en vez de coincidir con las 'cosas' que pretenden designar, son tropos, es decir, alusiones figuradas, saltos de sentido que traducen en enunciados inteligibles las experiencias sensibles de los sujetos".

Al afirmar que todo lenguaje es retórico, Nietzsche recalca la incapacidad del lenguaje para transmitir o develar cualquier verdad. El lenguaje se articula entonces sobre la *doxa*, no sobre la *episteme*. Su cualidad persuasiva adquiere gran relevancia, puesto que si desaparecen las verdades absolutas el lenguaje se moverá a partir de ahora en el campo de lo verosímil.

El verbo es irremisiblemente retórico, sea cuales fueren sus usos. Y, por ello mismo, solo le es dado expresar y transmitir opiniones (*doxa*) y no nítido y riguroso conocimiento de lo real (*episteme*). (...) Tanto es así, agrega Nietzsche, que "la plena esencia de las cosas no se capta nunca". Escritos u orales, todos los registros y modos del habla están empapados de retórica dado que, a su vez, todas las palabras son tropos respecto a su significado, es decir, "saltos de sentido" que virtualmente enlazan entidades de distinta índole por medio de la identificación metafórica de "lo semejante con lo semejante" (Chillón y Duch, 2012: 123).

Esta recuperación de la retórica implica una reelaboración de su función tradicional. En la Antigüedad, era entendida como ornamento o adorno de los enunciados, un complemento con la capacidad de embellecerlos para lograr que sean más atractivos para el auditorio. Con el giro lingüístico, la retórica ocupa un lugar de centralidad en la configuración misma del lenguaje, y es la base sobre la que este se erige.

Incidencia del giro lingüístico en el campo de estudios sobre periodismo

Establecidas las características principales del giro lingüístico, lo que nos interesa a continuación es

proponer algunos puntos de contacto entre este y el campo de los estudios sobre el periodismo, analizando el modo en el que la concepción acerca del lenguaje propuesta por el giro lingüístico lo afecta.

Ya en los orígenes del periodismo se observa que nace estrechamente vinculado a la novela, más específicamente a la novela realista. Esta, que tuvo su auge en el siglo XIX, se caracterizó por la búsqueda de representación literaria de la realidad de la manera más verosímil posible. En palabras de Chillón (1999: 23):

La novela realista del siglo XIX estaba impregnada de conciencia histórica y sociológica; presentaba individuos concretos que actuaban en el ambiente social y que eran influidos por él, hasta el punto de que la adecuación de las ficciones narrativas que tejían a la realidad social se convirtió en el eje principal de su valor artístico. Las novelas realistas querían ser verosímiles, representar de modo fiel tipos humanos y situaciones sociales realmente existentes. La ilusión de realidad que se empeñaban en difundir en los nuevos públicos burgueses se adecuaba a la exigencia de realidad de estos.

Esta exigencia de realidad a la que hace referencia Chillón es característica de toda la narrativa moderna. En cierto modo, lo mismo podría decirse del periodismo. Los periódicos modernos, que surgen en Europa a fines del siglo XVIII y se desarrollan a lo largo del siglo XIX, se caracterizan por su carácter informativo y por desempeñar, como discurso, una función predominantemente referencial.

La noticia es uno de los géneros característicos del periodismo moderno y en él se condensan gran parte de sus rasgos distintivos: ubicación de los sucesos en coordenadas temporales y espaciales precisas, actualidad de lo narrado, existencia de los protagonistas en la vida real, todo lo cual hace que se lo lea como un género fuertemente realista. La noticia no es el único género del periodismo moderno, ya que junto a él hay otros igualmente característicos, como la crónica y la entrevista. En estos géneros también predomina el sentido realista de los textos, pues al igual que la noticia pretenden reflejar diversos aspectos del mundo social.

De todas formas, la diferencia que existe entre la novela y el periodismo del siglo XIX consiste en el hecho de que la novela es un discurso de ficción, mientras que el periodismo es un discurso que no relata ficciones sino acontecimientos reales. Pese a ello, lo que comparten ambos es la creencia de que el lenguaje es un medio o un instrumento que tiene como fin reflejar de manera fidedigna el mundo real.

Por otra parte, sabemos que los discursos se configuran históricamente sobre la base de diversos soportes tecnológicos. En tal sentido, puede señalarse que tanto la novela como el periodismo moderno son dos productos emblemáticos de la era de la imprenta y de la cultura letrada, estadios destacados de la sociedad burguesa. Esa correspondencia histórica los sitúa en un horizonte ideológico común y permite comprender las razones por las cuales ambos discursos asumen al realismo como su estética y su epistemología

característica, puesto que la concepción realista de la práctica novelística y de la práctica periodística está fuertemente asociada a la perspectiva de clase de la burguesía moderna. Como explica Chillón (1999: 107),

La novela realista de ficción, la prosa literaria testimonial, la narrativa científica y la escritura periodística son facetas distintas pero conexas de un mismo fenómeno cultural y comunicativo de gran alcance: la nueva sensibilidad realista característica de la época moderna, puesta de manifiesto en la necesidad de elaborar y recibir productos culturales capaces de captar y expresar las palpitaciones de los nuevos tiempos.

Concretamente, ha habido una serie de categorías que han signado la profesión periodística desde sus comienzos. Verdad, objetividad y realidad son algunas de ellas. Por dar un ejemplo, pareciera indiscutible que uno de los principios básicos del periodismo –por no decir el principal– ha sido el tratamiento objetivo de la información. Se supone que el periodista debe ser fiel a los hechos, dejando a un lado sus opiniones o valoraciones. Basta recordar el concepto acuñado por Charles P. Scott, editor del Manchester Guardian: *Los hechos son sagrados, las opiniones libres*, que ha funcionado como una máxima indiscutible en numerosas redacciones y facultades de periodismo y comunicación social.

Otras veces se dice que el periodismo debe estar comprometido con la verdad, lo que pareciera indicar que los hechos *están ahí*, listos para ser captados y transmitidos, lo cual da cuenta de un modo de concebir el periodismo en el que el concepto de verdad como correspondencia es el que rige el quehacer de la profesión.

Aunque no es nuestro objetivo trazar aquí una historia del periodismo, sí queremos destacar que ha habido una serie de premisas que han funcionado como directrices a lo largo de su desarrollo y que el giro lingüístico –aunque no lo haga de manera directa– cuestiona. Estos valores, condensados en conceptos como la verdad o la objetividad, han regido de manera hegemónica no solo la práctica periodística profesional, sino también, y fundamentalmente, gran parte de la producción y análisis teórico que se ha configurado sobre este campo disciplinar. En este sentido, consideramos que la incidencia del giro lingüístico no ha sido lo suficientemente fuerte como para lograr imponerse sobre este antiguo paradigma. Tal como afirma David Vidal Castell (cf. 2002: 42 y ss.), la perspectiva epistemológica sobre la que se sostiene el conocimiento sobre el periodismo no ha sido sometida a revisión. El periodista continúa siendo el encargado de encapsular la realidad en palabras, mientras que el ámbito de estudios del periodismo ha mantenido mayoritariamente sus raíces teóricas en viejas perspectivas funcionalistas, estructuralistas y positivistas.

Del mismo modo, Chillón (1998: 85) sostiene que el giro lingüístico ha incidido en los estudios sobre comunicación mediática, destacándose las contribuciones derivadas de la Sociología del Conocimiento. Sin embargo, advierte que estas no reconocen los aportes de Nietzsche en cuanto a la naturaleza retórica del

lenguaje.

... es menester añadir que tal impregnación ha sido parcial e insuficiente: por un lado, porque, a pesar de haber incorporado la conciencia lingüística a su núcleo teórico, los enfoques socio cognitivos no la han llevado a sus últimas y decisivas consecuencias, especialmente en lo que hace a la comprensión nietzscheana de la naturaleza retórica y logomítica del lenguaje.

Si bien no podemos negar que en los últimos cincuenta años ha habido numerosas experiencias que buscaron proponer nuevos modos de ejercer la profesión –el llamado Nuevo Periodismo es un claro ejemplo– el campo de la producción teórica sobre periodismo no ha sufrido grandes cambios. Estas experiencias representan fisuras en el sistema de medios y, aunque es difícil evaluar con precisión qué dirección van a tomar, definitivamente marcan un punto de inflexión con relación al paradigma anterior. Sin embargo, el paradigma de la objetividad sigue teniendo enorme peso y en muchos casos los medios de comunicación se presentan como el último refugio donde la verdad se mantiene intacta.

Asumir este cambio de paradigma supone un desafío que atañe a los propios periodistas pero, fundamentalmente, a los teóricos de este campo. Así como el giro lingüístico implicó modificaciones en la filosofía, la semiótica o la comunicación, quizás sea la hora de que el campo periodístico se haga eco de estos postulados y los viejos esquemas den lugar a nuevas formulaciones que repercutan efectivamente tanto en la práctica como en los estudios acerca de esta disciplina.

Bibliografía

- Chillón, A y Duch, L. (2012), *Un ser de mediaciones. Antropología de la comunicación Vol. I*, Barcelona, Herder.
- Chillón, A. (1999), *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Barcelona, Aldea Global.
- Chillón, A. (1998), "El giro lingüístico y su incidencia en el estudio de la comunicación periodística", *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, núm. 22, pp. 63-98.
- Nietzsche, F. (2000a), *Escritos sobre retórica*, Madrid, Trotta.
- Nietzsche, F. (2000b), *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos.
- Valverde, J.M. (1955), *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- Vidal Castell, D. (2002), "La transformació de la teoria del periodisme: ¿una crisi de paradigma?", *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, núm. 28, pp. 21-54.